

Timeo Danaos et dona ferentes. “Temo a los griegos incluso cuando hacen regalos”

Joan Guix. *Medical Anthropology Research Centre. Universitat Rovira i Virgili. Tarragona.*

Laocoonte: “Equo su Credite Teucro! Quidquid id est, Timeo Danaos et dona ferentes “. Virgilio en La Eneida.

Los troyanos habían luchado bien. Prácticamente habían derrotado por agotamiento a los griegos. Era necesario reconocer la victoria troyana y la retirada griega: un trofeo en forma de caballo.

Laocoonte, sacerdote de Troya ya lo advirtió al ver la ofrenda de los aqueos: “*Temo a los griegos incluso cuando hacen regalos*” (*Timeo Danaos et dona ferentes*). Los troyanos no le hicieron caso. Habían ganado y los griegos habían sido derrotados y lo reconocían con el caballo ofrecido. Laocoonte no se equivocó. Los griegos escondían una gran trampa en la aparente ofrenda, supuestamente fruto de su derrota, aparentando su retirada.

El hecho es que, como todo el mundo sabe, utilizaron el caballo para introducir un comando en el interior de la ciudadela y abrir las puertas, mientras que, en realidad, no se habían retirado, sino que lo habían simulado. Troya cayó. Sus habitantes fueron muertos o condenados a la esclavitud de por vida. Se trataba de un movimiento estratégico. Simular que reconocían la derrota frente a la valiente lucha del adversario, aparentar que aceptaban la nueva situación para confiarles y desmovilizar y, al tener la oportunidad, atacar alevosamente desde dentro, y deshacerlos.

Cambiamos Troya y los troyanos por la clase obrera, los griegos por la burguesía, y el caballo de madera por el Estado del Bienestar, y la historia está contada.

Con el desarrollo del capitalismo de la Revolución Industrial, la mano de obra era indispensable. Estamos en la era de la economía directamente productiva. Es necesario disponer de una fuerza de trabajo sana y bien adiestrada y que, además, tenga capacidad de consumo. Los antiguos capitalistas lo tenían claro, aunque los neoliberales de hoy en día no lo vean: si no hay demanda, la oferta no sirve para nada.

Después de la II Guerra Mundial, se demostró la inutilidad del fascismo como herramienta de control de la clase obrera. La violencia, a medio plazo, era inútil. Además, la potencia de la Unión Soviética, en su plenitud, era una amenaza tangible. Eran los tiempos de la Guerra Fría, y los partidos y sindicatos obreros constituían una verdadera quinta columna: Malos tiempos se divisaban para el capitalismo. Había una amenaza real en el horizonte. Por otro lado, la victoria progresista tampoco estaba clara. Los costes y sufrimientos podían ser excesivos. Era necesaria una solución para poder salvar los muebles por ambas partes: El Estado del Bienestar. El caballo de Troya.

La crisis del Estado del Bienestar no es tan solo financiera, sino también de legitimidad y de eficacia

Michel Foucault popularizó el concepto de biopolítica refiriéndose a la utilización de la vida, el cuerpo y el bienestar como herramientas de poder con la finalidad de mantener el control por parte de las

clases dominantes sobre las clases populares, pero de tal forma que, no tan solo fuese tolerado por estas, sino que lo viviesen en positivo, como un privilegio. De ahí surge el Estado del Bienestar y sus instituciones, y entre ellas, el sistema sanitario, la enseñanza o los mecanismos de seguridad y bienestar social.

Cómo dice Bauman *“La supervivencia de los trabajadores dependía de que fueran contratados; la reproducción y el crecimiento del capital dependía de esta contratación. Ninguno de los dos podía ir demasiado lejos por su cuenta”*. Se trataba de una convergencia de intereses que se traducían en un pacto social, dejando de lado la lucha de clases. Con el Estado del Bienestar se lograba la mejora de la salud y la educación de los trabajadores, un ejército laboral de reserva sano y preparado educativamente, y la reproducción del modelo de producción capitalista. Y esto último es especialmente importante. No hay cambios en el modelo productivo en el Estado del Bienestar. Muy al contrario, progresivamente se depende cada vez más y más del sector privado para su funcionamiento satisfactorio, al ser imprescindible el crecimiento económico para lograr la plena ocupación y la prestación de los servicios que lo hacen característico.

El capitalismo ya no tiene interés en invertir en un pacto social que ya no ve necesario, y más en un contexto de crisis económica grave

Este pacto social comporta, además de la acumulación e inversión de capital privado para su desarrollo, la renuncia a la reivindicación revolucionaria, el amansamiento de la clase trabajadora, la “lealtad de masas” en un muy establecido proceso de alienación, desmovilización, e introducción de los valores hegemónicos de las clases dominantes, entre ellos el predominio del individualismo y la disminución de la solidaridad de clase. Marcuse habla de *“la nivelación de las distinciones de clase”*: *“Si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreo, si la mecanógrafa se viste tan elegantemente como la hija de su jefe, si*

el negro tiene un Cadillac, si todos leen el mismo periódico, esta asimilación indica, no la desaparición de las clases, sino la medida en que las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación del «sistema establecido» son compartidas por la población subyacente”. Las herramientas de satisfacción de unas necesidades inducidas son las mismas para las clases altas que para la clase trabajadora, pero el poder no ha cambiado de manos. Se hace creer que todos somos iguales y que todo el mundo puede llegar a lograr el que desee con trabajo y voluntad, que el ascensor social funciona a toda velocidad y sin restricciones. El problema es que los pisos y el ascensor tienen unos únicos propietarios, los de siempre. Gramsci, muchos años antes, ya había hablado de la “revolución pasiva” entendida como la acción de las clases hegemónicas mediante la cual va modificando lentamente las relaciones de fuerza para neutralizar a sus enemigos, incorporando buena parte de sus reivindicaciones progresistas y potencialmente revolucionarias, neutralizándolas y convirtiéndolas en activos propios. Un verdadero proceso de cooptación del cual, desgraciadamente, la mayoría de las organizaciones supuestamente progresistas se hacen cómplices. Son los *“intereses creados”*. Son las apuestas de vuelo corto, de plazos electorales. Admitámoslo: Keynes no era un “progre” sino un capitalista posibilista. Se trataba de la disyuntiva Estado del Bienestar o Revolución.

Lo cierto es que el Estado del Bienestar ha sido percibido como positivo por ambas partes mientras el sistema capitalista se ha basado en una economía directamente productiva y dependiendo de la mano de obra. Pero las cosas han cambiado.

La tecnología ha hecho disminuir las necesidades de mano de obra. Tenemos una muy alta producción. Posiblemente el reto ahora ya no es producir más, sino producir más barato, es decir, la eficiencia. Por otro lado, la irrupción de la economía especulativa lo ha trastornado todo. Se ha descubierto que se puede ganar infinitamente más jugando con las fluctuaciones de los mercados que produciendo productos y servicios reales. Y el resultado es palpable: la economía especulativa representa más de diez veces el PIB mundial, es decir, multiplica por 10 la producción real de productos y servicios. La mano de obra ya no es tan necesaria, y, en todo caso, la deslocalización, la precarización, y la exigencia de flexibilidad son

herramientas más que suficientes como para abaratar esta mano de obra. Ahora no hace falta un ejercido de mano de obra de reserva. Ahora hay mano de obra sobrante.

No hay problema. La “mimesis” social ya se ha producido. Ya no hay conciencia de clase social obrera o de clases populares. Todos, o casi todos, nos consideramos clase media. Se ha perdido la capacidad crítica. Se ha desmovilizado. Ya no hay otra alternativa posible: Ya no existen, con todas sus luces y sombras, los países del denominado “socialismo real”. No hay partidos obreros de masas. La acción sindical, a menudo, es más percibida como clientelista que no como alternativa. Además, la corrupción y el asco del “politiqueo” ha alejado al individuo de la praxis POLÍTICA, así, con mayúsculas y llena de honorabilidad, entendida como servicio a la sociedad.

El entorno ha cambiado. Nuestra aparente tranquilidad ha sido sacudida por las consecuencias del mismosistema (peligro nuclear, contaminación, epidemias...). La sensación de peligro constante al que las autoridades y las Instituciones clásicas no se enfrentan adecuadamente ha provocado la desconfianza. Vivimos la “Sociedad del riesgo”. Ulrich Becklo describe gráficamente: *“La frase impulsora de la sociedad de clases se puede resumir en la frase “tengo hambre”. Por el contrario, el movimiento que se pone en marcha con la sociedad del riesgo se expresa en la frase “tengo miedo”.* Todo ello comporta cambios sociales y políticos trascendentales.

Desmovilizados, aislados, sin referentes, somos individualidades, más preocupados y convencidos de que si hay solución, nos la tenemos que buscar por nuestra cuenta, prescindiendo o, si hace falta, en contra de los demás. En este contexto, la crisis del Estado del Bienestar no es tan solo financiera, sino también de legitimidad y de eficacia. El capitalismo ya no tiene interés en invertir en un pacto social que ya no ve necesario, y más en un contexto de crisis económica grave. La clase obrera actual no ha hecho suyo el Estado del Bienestar. No lo ha vivido como una conquista que hay que defender, sino como un elemento del paisaje habitual, que no siempre nos da lo que queremos, cuando queremos y como queremos. Vivimos en una sociedad de consumo que, como tal, se basa en la capacidad de elección, y no en la necesidad. En el Estado del Bienestar el objetivo es la cobertura de la necesidad, eliminar

el miedo al que pueda pasar² y no escoger en base al deseo, la moda o el capricho. No se puede dar una respuesta a todas las expectativas. Brota la frustración. Surge el sentimiento de injusticia: Estamos manteniendo a los que no contribuyen, a los que ni lo quieren hacer ni nunca lo harán. El éxito del individualismo y el fracaso de la solidaridad. La Sociedad del Consumo y el Estado del Bienestar hablan lenguajes diferentes e irreconciliables en el mediano plazo. El rol de control social y de alienación del Estado del Bienestar ha funcionado. Y ha funcionado demasiado bien. Ahora nos lo están arrebatando y somos incapaces de reaccionar. Cuando los detentadores de la hegemonía nos dicen que algo es innecesario e injusto, acabamos sintiéndolo como innecesario e injusto. Si es injusto, ¿por qué lo tenemos que mantener? Bajáis los impuestos, dadnos el dinero, dejemos de mantener inútiles, y nosotros nos espabilaremos. Bienvenidos al planeta neoliberal, o, mejor dicho, bien retornados a lo que siempre han sido las relaciones de clase.

En base a esto, ¿debemos rechazar el Estado de Bienestar? No, por supuesto. Sin la presión de la clase obrera no se habrían conseguido sus indudables ventajas. Y no es aceptable el dar un paso atrás. Es un logro de las clases populares. Pero es lícito preguntarse qué podía haber sucedido si no se hubiese introducido el caballo al interior de las murallas.

Puede ser que, algún día, Laocoonte sea escuchado y el trofeo sea real y no un engaño o un sucedáneo.